

BREVE HISTORIA DE HITLER

Jesús Hernández



Colección: Breve Historia

www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de Hitler

Autor: © Jesús Hernández

Copyright de la presente edición: © 2012 Ediciones Nowtilus, S.L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

www.nowtilus.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9967-311-0

Fecha de edición: Marzo 2012

Impreso en España

Depósito legal: M. 4450-2012

A mi hijo Marcel

Índice

Introducción	17
Capítulo 1. Un capricho del destino, 1889-1899	21
Secretos de familia.....	22
¿Un abuelo judío?	30
Dispensa eclesiástica.....	33
Un padre autoritario	40
Cambios de residencia.....	42
Sus mejores recuerdos	46
Capítulo 2. Sueños de juventud, 1900-septiembre de 1907	51
Falta de adaptación	53
Dueño de su destino	56
Abandono de los estudios.....	59
Vida de rentista	63
Retrato de juventud	66
Un mundo de fantasía.....	69
La revelación de su destino	73
Su madre, enferma	74
Grandes proyectos.....	75

Capítulo 3. Los años decisivos, septiembre de 1907-junio de 1914	79
La muerte de su madre	80
Regreso a Viena.....	83
Tocando fondo	85
Ambicioso e indolente.....	90
Formando su pensamiento	95
Llegada a Múnich	99
Orden de aislamiento	102

Capítulo 4. Luchando por Alemania, julio 1914-noviembre 1918.....	107
Al frente occidental	109
Un personaje excéntrico	113
Tocado por la fortuna	118
Guerra de trincheras.....	120
Eludiendo el ascenso	123
El primer permiso	125
La segunda Cruz de Hierro	126
Nuevo descenso al infierno.....	128

Capítulo 5. «¡Yo sabía hablar!», noviembre 1918-febrero 1920	133
Aptitud para la oratoria	137
El Partido Obrero Alemán	139
Abriéndose camino.....	143
Los veinticinco puntos	146

Capítulo 6. El <i>Putsch</i> de la cervecería, marzo 1920-noviembre 1923	151
Un salto adelante	153
Recurso a la violencia	156
Primera estancia en prisión.....	159
La «batalla de Coburgo»	161
Golpe en la cervecería.....	163
Cadena de errores.....	169
Choque con la policía	171
Doloroso fracaso	175

Capítulo 7. El largo camino al poder, diciembre 1923-enero 1933	177
Vuelta a la lucha.....	178
Preso privilegiado.....	180
El <i>Mein Kampf</i>	184
Libre de nuevo	188
Un nuevo principio.....	192
Reorganizando el partido	196
La «batalla de Berlín»	201
La gran depresión.....	207
Duro golpe personal.....	209
Duelo electoral.....	213
Objetivo: la cancillería.....	216
Descenso electoral	219
Hitler llega al poder.....	222

Capítulo 8. Dueño de Alemania, febrero 1933-agosto 1939.....	225
Régimen de partido único	228
Método de trabajo.....	233
La «Noche de los cuchillos largos»	235
Abandono de la Sociedad de Naciones	242
La recuperación del Sarre	246
Política antisemita.....	249
La remilitarización de Renania	253
Los juegos de Berlín	255
Planes de expansión.....	258
La anexión de Austria.....	263
El pacto de Múnich.....	266
La «Noche de los cristales rotos».....	268
Preludio a la guerra	271

Capítulo 9. La guerra de Hitler, septiembre 1939-mayo 1945	275
Atentado en Múnich	278
La campaña del oeste.....	282
Gran Bretaña resiste	286
Operación Barbarroja.....	289

El fin del sueño	292
El atentado de las botellas.....	296
La política de exterminio.....	297
El principio del fin	302
Atentado en la guarida del lobo.....	303
Berlín, cercado	305
Estallido de cólera	307
Boda en el búnker	310
El último acto	312
 Anexos	 319
Los escenarios.....	321
Cronología.....	339
 Bibliografía.....	 347

A veces es necesario y forzoso que un hombre
muera por un pueblo, pero nunca un pueblo entero
debe morir por un hombre.

Salvador Espriu (1913-1985)

Introducción

De entre los retos que se le pueden presentar a un historiador, pocos pueden haber tan espinosos y a la vez tan estimulantes como el de afrontar una biografía de Adolf Hitler. Entre los personajes históricos de relevancia, el dictador germano representa un caso excepcional; a pesar de la gran cantidad de documentación existente, de los ingentes testimonios orales y escritos de todos aquellos que lo conocieron, de las miles de fotografías, filmaciones y grabaciones con que contamos, su figura parece empeñada en permanecer envuelta en un enigma.

Hitler fue una incógnita incluso para sus más íntimos colaboradores. Joachim von Ribbentrop, su ministro de Asuntos Exteriores durante siete intensos años, escribió en su celda de la prisión de Núremberg en 1945: «Conocí a Hitler desde 1933. Pero, si hoy me preguntan si llegué a conocerle bien, tendré que confesar que muy poco sé de él, en realidad nada sé. La verdad es que, pese a que vivimos juntos muchos acontecimientos, durante todos los años que colaboré con él no llegué a acortar las distancias que mediaban entre los dos el día en que le conocí».

Como prueba de ese carácter hermético del personaje, que confirma todo aquel que lo conoció en persona, ningún historiador especializado en Hitler se atrevería a dar, por ejemplo, una respuesta categórica a las primeras cuestiones que le plantearía un grupo de escolares; el motivo por el que odiaba tanto a los judíos o si realmente estaba loco. A partir de ahí, las cuestiones que no han sido aún dilucidadas son inacabables. Cada afirmación que se lanza sobre su vida se enfrenta a una evidencia que la desmiente, abundando las pruebas contradictorias y los testimonios divergentes. La razón puede estribar en la radical polarización que se ha dado en torno a su figura. Por un lado, la historiografía oficial del Tercer Reich intentó ofrecer la imagen más favorable del *führer*, destruyendo los documentos que podía comprometerla y silenciando a testigos incómodos. Por el otro lado, no faltan testimonios de damnificados por el nazismo que trataron de menoscabar al personaje exagerando los aspectos negativos o incluso fabulando episodios para denostarlo o ridiculizarlo.

Pero a esta visión distorsionada de Hitler no es ajeno el hecho de que, tras conocerse después de la guerra los horrores a los que había conducido su política basada en el odio y el desprecio por la vida humana, tan sólo esté aceptado señalar los aspectos negativos de su personalidad y su actuación. Así, intentar reflejar una visión completa del personaje, mostrando sus errores y aciertos, sus defectos y virtudes, sus deficiencias y sus aptitudes, entraña una serie de riesgos que muy pocos están dispuestos a aceptar. La consecuencia de esta anomalía es que la mayoría de historiadores optan por repetir unos clichés que pueden servir para certificar la justa condena inculpatoria dictada por el juicio de la historia, pero que no son útiles para desvelar el enigma que rodea su figura.

La presente biografía, en su modestia, intenta ofrecer una imagen objetiva de Hitler, con el ánimo de superar esos obstáculos. Al enfrentar esa tarea sin apriorismos, ha resultado problemático apostar por una versión de un hecho determinado en detrimento de otra, cuando ambas pueden venir avaladas por sendas exhaustivas investigaciones, por lo que en estos casos se ha optado por exponer las diferentes hipótesis apuntadas o apostar por la que puede resultar más verosímil. Igualmente, en una obra como la presente, caracterizada por su forzosa brevedad, es inevitable tener que primar unos episodios por encima de otros; en este caso, al considerar que el lector ya conoce con cierto detalle lo acaecido durante la Segunda Guerra Mundial y que un nuevo relato de ese período resultaría reiterativo, se ha optado por analizar con más detalle sus años de juventud, una etapa que suele recibir menos atención de sus biógrafos, a pesar de la importancia capital que tuvo para su formación personal y política.

Como se ha apuntado, al gran esfuerzo de concisión que supone condensar en pocas páginas la vida del gran agitador del siglo xx, se añade la dificultad que entraña relatar imparcialmente la vida de un hombre que resultaría funesto para Europa y el mundo y cuyas decisiones segaron la vida de millones de personas. El rastro de muerte que dejó tras de sí supone un trauma que la humanidad todavía no ha digerido, como lo demuestra el que aún hoy su figura sea considerada tabú. Por eso mismo, es necesario intentar una descripción objetiva y real del modo en que Hitler llegó a obtener ese poder y de cómo lo desempeñó, para que nunca más debamos enfrentarnos a una catástrofe como la que él fue capaz de provocar.

1

Un capricho del destino, 1889-1899

Braunau am Inn es una pequeña y agradable población austríaca de unos quince mil habitantes. Está situada a sesenta kilómetros al norte de Salzburgo, justo en la frontera austrogermana, separada de territorio alemán por el río Inn. Históricamente, Braunau fue siempre una localidad transitada, que contaba con la animación propia de toda localidad fronteriza. Sin embargo, en la actualidad, esa circunstancia ha pasado a ser irrelevante, por lo que el pueblo disfruta hoy de una lánguida placidez provinciana. Por tanto, Braunau apenas sería hoy un punto más en el mapa si no fuera porque allí nació el hombre que marcó decisivamente el devenir del siglo xx.

Buena parte de los escasos turistas que se dejan caer por allí llegan atraídos por el oscuro aura de un personaje del que, paradójicamente, no encontrarán ninguna

postal ni ningún *souvenir*, ni tan siquiera ningún indicador que señale dónde se encuentra su casa natal. Ese hombre, cuyo nombre estará por siempre ligado al de Braunau, es Adolf Hitler.

SECRETOS DE FAMILIA

Aunque Hitler nació en esa localidad fronteriza, su familia procedía, por ambos lados, del Waldviertel, un pequeño y remoto distrito rural situado al lado norte del Danubio, a unos ochenta kilómetros al norte de Viena y lindando con las fronteras de Bohemia y Moravia. En esta agreste región boscosa, poco poblada y mal comunicada, la mayoría de habitantes eran campesinos empobrecidos, con fama en el resto del país de adustos y antipáticos. En esa región prácticamente aislada, los matrimonios consanguíneos eran frecuentes, como en el caso de los antepasados de Hitler. El nombre de la familia, escrito en infinidad de formas, es probable que sea de origen checo, apareciendo por primera vez en la región a mediados del siglo xv.

El árbol genealógico de Hitler ha sido objeto de muchas especulaciones, a consecuencia de una inquietante casilla en blanco, la de su abuelo paterno. Aunque sería el nombre de Johann Georg Hiedler el que acabase siendo anotado en ese lugar, existen dudas razonables de que él fuera realmente su abuelo.

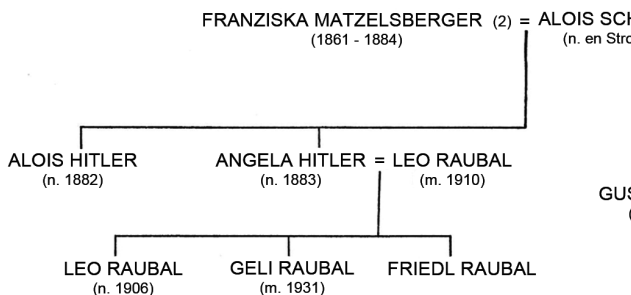
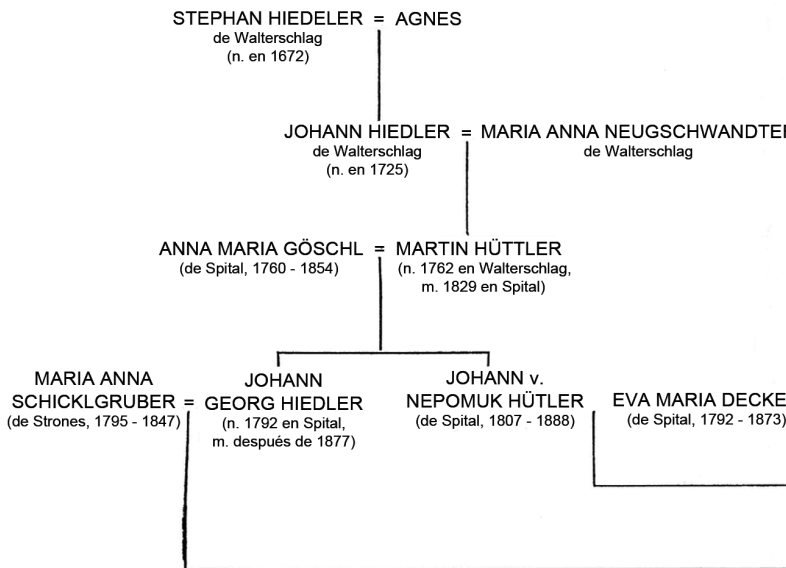
En 1837, una campesina de 42 años, Maria Anna Schicklgruber, tuvo un hijo natural, un hecho que no era entonces infrecuente en la Austria rural; en algunas zonas, hasta cuatro de cada diez niños nacían fuera del matrimonio. Durante más de veinte años, Maria Anna se había ganado el pan sirviendo como criada en casas de diversas localidades de la comarca, hasta que un día regresó embarazada a su villa natal,

Strones. Allí, en casa de un granjero llamado Johann Trummelschlager, dio a luz un niño, Alois, el futuro padre de Hitler.

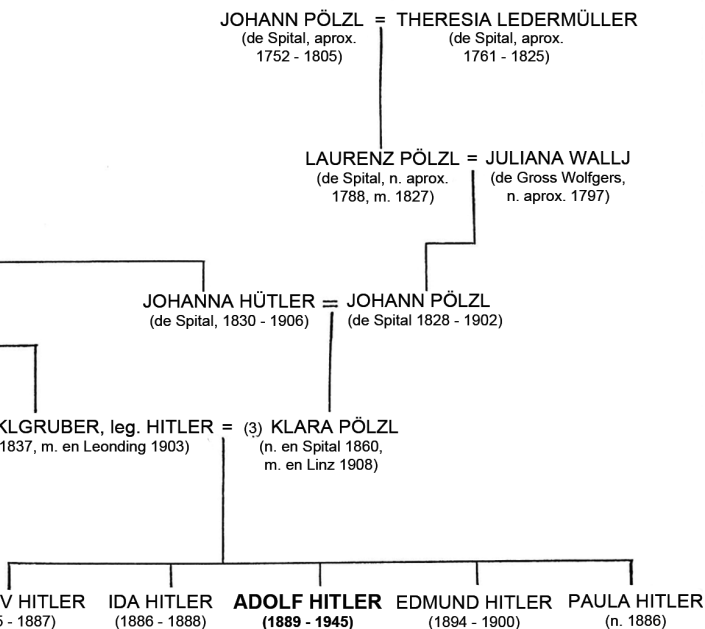
Sorprende el hecho de que Maria Anna decidiese tener el niño en casa de aquel granjero, en lugar de en su casa paterna, situada en el mismo pueblo, lo que denota el repudio del padre al ver cómo su hija había perdido la honra. También es significativo que ella no quisiera revelar el nombre del padre, un secreto que se llevaría a la tumba. Poco después, Maria Anna y su hijo fueron a vivir a casa del padre de ella, lo que da a entender que finalmente el padre aceptó la situación.

Cinco años después, Maria Anna se casó en Döllersheim con Johann Georg Hiedler, un peón molinero itinerante que había ejercido el oficio en varios lugares de la Baja Austria pero que entonces se hallaba sin trabajo. Johann Georg, nacido en Strones, ya había estado casado. Cuando murió su primera mujer, regresó a su pueblo natal. Aunque en un caso como este era habitual que el padre hubiera legitimado al hijo natural de la esposa, por algún motivo desconocido Johann Georg no legitimó a Alois, que continuaría llevando el apellido de soltera de su madre, Schicklgruber, hasta casi cumplir los cuarenta años.

El pequeño Alois fue criado por un tío paterno, Johann Nepomuk Hüttler (la grafía de los apellidos no era fija en esa época), en Spital, la localidad del Waldviertel de donde procedía la familia. El motivo pudo ser el poco amor al trabajo de su hermano, lo que hacía que la familia pasase por estrecheces económicas. Alois encontró así un hogar consolidado, junto a las tres hijas de su tío. Maria Anna falleció en 1847 y el padrastro de Alois reinició su vida nómada, sin mostrar ningún interés por la educación de Alois, para regresar a Spital mucho más tarde, donde murió en 1857.



ANTEPASADOS DE HITLER



Arbol genealógico de Adolf Hitler. Aunque legalmente su abuelo era Johann Georg Hiedler, es improbable que fuera él en realidad. La auténtica identidad del antepasado de Hitler sigue siendo una incógnita.

En 1876, Johann Nepomuk se preocupó en legitimar a su sobrino, que contaba ya con 39 años. No se sabe si el impulso para el cambio de nombre surgió de él o del propio Alois. Parece ser que el tío, al no tener herederos varones, estipuló un legado en favor de Alois con la condición de que este adoptase su nombre, aunque, como veremos más adelante, Alois accedería a esa herencia de un modo irregular. También cabe la posibilidad de que la decisión formase parte de algún pacto acordado en vida de Maria Anna, ya que, poco después de su legitimación, Alois recibiría una suma respetable de Franz Schicklgruber, ejecutor testamentario de Maria Anna. También se ha especulado con que Nepomuk, al contemplar la carrera ascendente de su sobrino en el funcionariado, quisiera proteger su carrera con esa legitimación, para que el hecho de ser hijo natural no interfiriese en ella negativamente. Sea como fuere, todo apunta a que el objetivo de la legitimación fue que Alois obtuviese un beneficio económico.

Así, acompañado de tres de sus familiares, Johann Nepomuk acudió el 6 de junio de 1876 a un notario de Weitra, quien inscribió a Alois como hijo de Johann Georg Hitler, introduciéndose ya aquí el apellido de esa forma, no como Hiedler o Hüttler. Tal vez ese cambio en la ortografía fuese un descuido del notario, pero es más probable que se tratase de una artimaña campesina para oscurecer el asunto. Al día siguiente, Johann Nepomuk, respaldado por los tres testigos y el protocolo firmado ante el notario, acudió al cura párroco de Döllersheim, del que dependía la comuna de Spital, y le solicitó que borrara la palabra «ilegítimo» del registro bautismal y que abriera uno nuevo en el cual constaría que su hermano Johann Georg había aceptado la paternidad de Alois, sustituyendo «nacido fuera del matrimonio» por «dentro del matrimonio».



El padre de Hitler, Alois. Estricto funcionario de aduanas, su rígido porte ya denota su carácter autoritario, que el pequeño Adolf tuvo que padecer en forma de frecuentes palizas.

Teniendo en cuenta el tiempo que había transcurrido desde la defunción del padre y de la madre, esa legitimación constituía una falsedad. Aunque un decreto de 1868 preconizaba tales legitimaciones en la medida de lo posible, la invocación de ese decreto en este caso era un fraude de ley. No obstante, el párroco accedió a anotar que, según los testigos, el padre de Alois había reconocido su paternidad y expresado el deseo de legitimar a su hijo, aunque, de ser cierto, cuesta imaginar por qué no lo hizo mientras estuvo con vida, ya que falleció cuando Alois tenía ya veinte años. Los tres testigos corroboraron la anotación, escrita con una caligrafía apretada, firmando al pie con una cruz. Si el párroco quedó convencido gracias a unos cuantos embustes, si accedió a certificar la farsa ante los ruegos de Johann Nepomuk o por otros motivos, no lo sabemos, pero la verdad es que desde ese momento Johann Georg se convirtió legalmente en el padre de Alois y el abuelo del futuro dictador.

Así, desde comienzos de 1877, doce años antes de que naciera Adolf, su padre cambió su apellido por el de Hitler, abandonando así el de Schicklgruber. De este modo, el apellido anterior, de rancio regusto campesino, se transformó en otro de diferente grafía y mayor sonoridad, un cambio del que posteriormente Hitler se mostraría muy satisfecho. Su amigo de primera juventud, August Kubizek, se acordaba de oírle calificar el apellido original de su padre de rudo, campesino y de difícil pronunciación, mientras alababa la musicalidad y facilidad de retención de Hitler. De hecho, aunque Adolf se apellidó Hitler desde el primer momento, posteriormente algunos de sus adversarios políticos le designarían con el apellido de su abuela para ridiculizarlo.

El cambio de apellido que impulsó Johann Nepomuk tal vez modificó la historia mundial, ya que

a su nieto le hubiera resultado más difícil abrirse paso en el mundo de la política si se hubiera mantenido el apellido de su abuela; cuesta imaginarse a los alemanes gritando «Heil Schicklgruber!» en vez de «Heil Hitler!».



La madre de Hitler, Klara Pölzl. Ambos se sentían muy unidos. Hitler conservaría su retrato hasta el día de su muerte en el búnker.

¿UN ABUELO JUDÍO?

Gracias a aquella legitimación irregular aceptada por el condescendiente párroco de Döllersheim, el difunto molinero Johann Georg Hiedler se convertía oficialmente en el padre de Alois. Sin embargo, tal como se ha apuntado, se desconoce quién fue en realidad el abuelo de Adolf Hitler. Esa incógnita ha sido causa de interminables especulaciones, sin que se haya podido llegar a ninguna conclusión, aunque son cuatro las posibilidades que se barajan.

La primera es que el padre de Alois sea efectivamente la persona que acabó figurando en los registros: Johann Georg Hiedler. Aunque cabe la posibilidad de que así fuera, no se comprende que el reconocimiento de la paternidad no se produjese en vida. Igualmente, el hecho de que Alois fuera «adoptado» por su tío Nepomuk no más tarde de la fecha de la muerte de su madre, tal vez antes, indica que Johann Georg no sentía demasiado apego por Alois, lo cual sería indicio de que él no era su padre, a lo que hay que sumar su despreocupación posterior.

La segunda posibilidad es que el padre fuera Johann Nepomuk. Teniendo en cuenta que él fue quien crió y educó al niño y que, al parecer, impulsó su legitimación para que pudiera recibir su legado, es lógico pensar que en realidad fuera él el padre. Al estar entonces casado, era comprensible que Nepomuk no reconociese al niño como suyo. Como la legitimación se produjo tras la muerte de la mujer de Nepomuk, se puede entender que ella constituía un obstáculo para ese reconocimiento.

De todos modos, tanto si el padre fue Georg o Nepomuk, la controversia sobre la identidad del abuelo de Hitler quedaría circunscrita, como máximo, a un típico escándalo de familia. Pero la tercera posibilidad sí

que hubiera podido tener históricamente cierta importancia: que el abuelo de Hitler, un fanático antisemita, fuera judío. Desde principios de la década de los veinte, coincidiendo con el ascenso político de Hitler, comenzaron a circular rumores que apuntaban en ese sentido. En los años treinta, la prensa extranjera sensacionalista recogió esos rumores, lanzando versiones que situaban el origen de Hitler en una familia judía de Bucarest o afirmando que su abuela quedó embarazada mientras servía en la casa del barón Rothschild en Viena.

La hipótesis del supuesto abuelo judío de Hitler no dejó de ser una especulación sin fundamento hasta que, tras la Segunda Guerra Mundial, se dieron a conocer las memorias del gobernador general de Polonia, Hans Frank, dictadas en su celda de Núremberg mientras esperaba su ejecución. Frank aseguraba que Hitler le había llamado a finales de 1930 y le había mostrado una carta de su sobrino William Patrick Hitler (hijo de su hermanastro Alois), por la que amenazaba con revelar que su antepasado común era judío. Siempre según Frank, Hitler le encargó investigar ese punto, descubriendo que Maria Anna Schicklgruber había tenido su hijo cuando trabajaba como cocinera en casa de una familia judía de Graz apellidada Frankerberger. Frank decía haber descubierto que quien había dejado embarazada a Maria Anna era el hijo de los Frankerberger, que entonces contaba con diecinueve años; el padre de familia se había encargado de enviar cantidades regulares a Maria para el mantenimiento de su nieto, hasta que Alois cumplió catorce años. Según Frank, Maria Anna y los Frankerberger se habían estado intercambiando cartas durante años. Por último, Frank aseguraba que Hitler conocía la historia pero que el joven Frankenberger no era su abuelo; sus padres, al ser muy pobres, habían convencido a su familia de que sí lo era para que pagaran por el mantenimiento del niño.

Aunque la historia relatada por Frank en sus memorias tuvo mucho eco, las investigaciones posteriores demostraron su inconsistencia. En la década de 1830 no había en Graz ninguna familia judía que se llamase Frankerberger; de hecho, no habría ningún judío en esa región, Estiria, hasta tres décadas más tarde, ya que hasta 1860 no se permitió a los judíos residir en esa parte de Austria. Sí que vivía allí una familia de carniceros apellidada Frankenreiter, pero no era judía y, en todo caso, el hijo de esta familia sólo tenía diez años cuando Alois nació. En cuanto a Maria Anna, no hay prueba alguna de que estuviese alguna vez en Graz¹.

En definitiva, la posibilidad de que el abuelo de Hitler fuera el hijo de los Frankerberger, tal como apuntaba Hans Frank, es descartable. Si pudo ser un judío cuya identidad desconocemos es algo que seguramente nunca sabremos. En definitiva, la hipótesis de

¹Tampoco se sostiene el relato de Frank sobre la supuesta carta que el sobrino de Hitler le mandó, ya que los años siguientes William Patrick los pasó en Alemania y además pudo abandonar el país en 1938. Desengañado al no haber obtenido réditos de su parentesco con el *führer*, William Patrick realizó una serie de «revelaciones» en el extranjero pero nunca habló de la historia del judío de Graz, en un momento en el que ya no podía temer ninguna represalia. Las investigaciones que la Gestapo llevó a cabo en la década de los treinta y a principios de los cuarenta aparentemente no obtuvieron tampoco ninguna confirmación de esa hipótesis, aunque no habría que descartar la posibilidad de que, si hubieran encontrado las pruebas, estas fueran destruidas. También se especula con la posibilidad de que esas presuntas pruebas fueron halladas y conservadas celosamente por el jefe de las SS, Heinrich Himmler, para protegerse las espaldas. En todo caso, las motivaciones de Hans Frank, un veterano antisemita, en revelar que Hitler tenía sangre judía están abiertas a cualquier interpretación.

que el abuelo paterno de Hitler fuera judío existe, pero es poco probable. Así pues, el candidato mejor situado para detentar ese dudoso honor es Johann Nepomuk, aunque en este caso el origen de su familia sería aún más incestuoso que si fuera Johann Georg, ya que Nepomuk era también el abuelo de su madre.

Todavía existe una cuarta hipótesis, que a la postre tal vez sea la que más probabilidades tenga de ser cierta: la que descartaría todas las anteriores. En este caso, cualquiera pudo haber sido el padre de Alois, por lo que el abanico de posibles candidatos quedaría totalmente abierto.

DISPENSA ECLESIAÍSTICA

Aunque es de suponer que Alois creció bien atendido en casa de su tío, a los trece años salió de casa y marchó a Viena para hacer de aprendiz de zapatero en Viena. Pero al joven Alois no le atraía ese oficio y a los dieciocho años ingresó en el Servicio Imperial de Aduanas. A los veinticuatro años fue ascendido al rango de supervisor, un honor excepcional para un muchacho que había llegado del Waldviertel. Alois fue ascendiendo normalmente como oficial al servicio del Estado; aunque nunca pasaría de ser un funcionario de categoría menor debido a su falta de titulación, había logrado escalar varios peldaños desde su humilde origen campesino gracias a su amor propio, inteligencia y afán de prosperar.

Alois poseía una personalidad dominante, que se afanaba con impaciencia y sin darse el menor respiro en conseguir sus objetivos. Tenía la capacidad de dominar de forma fría y calculadora a quienes le rodeaban, sabiendo impresionarles y convencerles, unos rasgos que heredaría su hijo Adolf. Así, Alois se mostraba excesivamente escrupuloso en el cumplimiento de sus

obligaciones. Un compañero de la oficina de aduanas de principios de la década de 1880 lo describió como «antipático para todos nosotros. Era muy estricto, detallista y hasta pedante en el trabajo y muy poco accesible como persona».



La casa natal de Hitler en Braunau. Abajo, a la derecha, se puede ver la piedra de Mauthausen que recuerda a sus víctimas.

En las fotos, Alois Hitler aparece con cabello corto estilo militar, cejas pobladas, un rígido bigote y unas grandes patillas que le enmarcan el rostro pulcramente afeitado. Vistiendo su uniforme de aduanero, debía mostrar un aire imponente y respetable. Sin embargo, su vida personal no gozaba de la estabilidad inherente a su empleo.

Al parecer, en la década de 1860 ya había tenido una hija ilegítima, aunque nada de cierto se sabe de ello. En 1873, Alois se casó con Anna Glass, que tenía

entonces cincuenta años, catorce años más que él, estableciéndose en Braunau en 1875. Anna era la hija adoptiva del inspector del monopolio imperial de tabacos, lo que hace pensar que el matrimonio tuvo una motivación material. Anna enfermó al poco tiempo; además, no tuvieron hijos, algo que era de prever teniendo en cuenta su edad madura. Alois, por su parte, mantenía mientras tanto relaciones con Franziska (Fanni) Matzelberger, una jovencísima cocinera de la fonda donde entonces residían los Hitler. Además, Alois había conseguido que Klara Pölzl, nieta de su tío Johann Nepomuk, dejase Spital y se trasladase a Braunau para ayudar a Anna en las tareas del hogar. Klara, que contaba con dieciséis años, era esbelta, con una abundante cabellera castaña y facciones delicadas. La turbadora presencia en la casa de ambas jovencitas, unida al espíritu fogoso de Alois, debió acabar con la paciencia de Anna, que en 1880 solicitó la separación legal.

Fanni, con diecinueve años, pasó a instalarse en el hogar de Alois como esposa *de facto*. Es significativo que una de las primeras medidas de la nueva dueña del hogar fuera conseguir que Klara abandonase la casa, para evitar tentaciones al veleidoso Alois. En 1882, Fanni dio a luz un hijo, que recibiría el mismo nombre que su padre, Alois. La muerte de Anna en 1883 despejó el camino para que Alois y Fanni se casaran, lo que harían apenas seis semanas después de la defunción. Según un desagradable rumor que corrió por el pueblo, Alois había comprado un ataúd para su esposa mientras aún estaba viva. Para entonces, Fanni ya estaba en avanzado estado de gestación; a los dos meses de la boda nació una niña, Angela.

Parecía que la vida de Alois se estabilizaba tras constituir su nueva familia, pero al año siguiente Fanni cayó enferma de tuberculosis. Para respirar aire fresco, fue trasladada a una casa en el campo. Alois recurrió

entonces de nuevo a Klara para que se hiciera cargo del cuidado de los dos pequeños. La futura madre de Hitler poseía un gran corazón, como lo demuestra el que hiciese todo lo posible por ayudar a Fanni a recuperar la salud, visitándola con frecuencia, a pesar de que anteriormente había forzado su expulsión de la casa. La esposa de Alois aceptó de buen grado las atenciones de Klara, a pesar de que debía ser consciente de que su papel no se limitaba al de criada y niñera. Los temores de Fanni no iban desencaminados, ya que Klara quedó embarazada, pero poco podía hacer ella para defender su posición, ya que estaba muriéndose.

En cuanto Fanni falleció, en el verano de 1884, Alois comenzó a hacer los preparativos para su boda con Klara. Tal como se ha apuntado, la que iba a ser su tercera mujer, veintitrés años más joven que él (curiosamente la misma diferencia de edad que tendrían Hitler y Eva Braun), era hija de la prima de Alois y nieta de Johann Nepomuk Hiedler, en cuya casa se había criado Alois como si fuera su hijo. Fue necesario obtener una dispensa especial de la Iglesia católica, por tratarse prácticamente de tío y sobrina; de hecho, Klara llamaba «tío» a Alois. Al serles negada la autorización por el obispo de Linz a causa de su parentesco próximo, tuvieron que recurrir a las autoridades vaticanas para poder contraer matrimonio. Probablemente, el hecho de que Klara ya estuviera embarazada aceleró el proceso, llegando la conformidad del Vaticano en menos de un mes.

Finalmente, el 7 de enero de 1885, Alois Hitler lograba casarse con Klara en Braunau, en la posada regentada por la familia Dafner. La ceremonia se celebró a las seis de la mañana para que Alois pudiera acudir después a su trabajo en el puesto aduanero, pese a ser domingo. Estuvieron presentes los dos hijos del novio, Alois y Angela, y tres testigos: la hermana menor de Klara, Johanna, y dos aduaneros. De la sencilla

ceremonia, lo que más recordaban los invitados fue que la estancia en la que se celebró estaba demasiado caldeada, lo que provocó un comentario jocoso de Alois hacia Klara, a quien hizo responsable. Después de un almuerzo sencillo, Alois regresó al puesto de aduana. Como recordaría Klara tiempo después, «al mediodía, mi marido ya estaba otra vez de servicio».

[illegible]

Partida de bautismo de Hitler, que fue inscrito como «Adolfus».

Klara era un ama de casa modelo. A Alois hijo y a Angela los trataba como si fueran sus propios vástagos. El 17 de mayo de 1885 nació en Braunau el primer hijo el matrimonio, Gustav. En septiembre de 1886 nació una niña, Ida, y un año después Otto, que murió a los pocos días de nacer. Pero esa desgracia no sería más que el preludio de una tragedia mucho mayor; en diciembre de 1887, Gustav falleció a consecuencia de la difteria, una enfermedad que se llevaría la vida de la pequeña Ida tan sólo unas semanas después.

En apenas unos meses, Klara había pasado de tener tres hijos a no tener ninguno. Aunque en aquella época la mortalidad infantil era alta, el dolor que tuvo que sentir Klara por ese triple golpe tuvo que ser terrible. Tal vez el trauma debió afectar a su capacidad de concebir, ya que no sería hasta el verano siguiente cuando Klara volvió a quedar embarazada.

El 20 de abril de 1889, un Sábado de Pascua frío y nublado, Klara daba a luz en la posada Dafner de Braunau a su cuarto hijo, Adolf². El Lunes de Pascua, el recién nacido fue bautizado en la iglesia de San Esteban de Braunau, quedando inscrito, tal como era costumbre entonces, con su nombre en latín: Adolfus³.

El hecho de nacer en la frontera entre Austria y Alemania fue para Hitler un «capricho del destino», tal como dejaría escrito en su libro autobiográfico *Mein Kampf*. El que dedicase las primeras líneas de su obra a señalar esta circunstancia geográfica, sin ni siquiera indicar la fecha de su nacimiento, denota la gran

²Aunque cuando nació Hitler la posada era regentada por la familia Dafner, al quedar viuda la propietaria, esta la vendió en 1912 a un hombre llamado Josef Pommer, pasando a ser conocida desde entonces como *Gasthof zum Pommer*. El edificio se encuentra en el número 15 de la calle Salzburger Vorstadt, aunque por entonces la dirección era Vorstadt 219. En la actualidad, acoge un centro de rehabilitación para niños con problemas mentales y no está abierto al público. No existe ningún indicador que señale que allí nació Hitler, pero en 1989 se colocó delante de la casa, sobre la acera, una gran piedra procedente del campo de concentración de Mauthausen con la inscripción *Für Frieden, Freiheit und Demokratie. Nie wieder Faschismus. Millionen Tote mahnen* (Por la paz, la libertad y la democracia. Nunca más el fascismo. Millones de muertos nos lo recuerdan).

³En la iglesia de San Esteban (Kirchenplatz, 15), todavía se conserva la pila bautismal, de gran valor artístico.

importancia que tenía para él; la unión de ambos países en un gran Reich alemán se convertiría en una de las grandes empresas de su vida.



El pequeño Adolf, con un año de edad.

UN PADRE AUTORITARIO

Klara comentó años después que su hijo Adolf fue un bebé enfermizo. En cambio, la criada recordaba a Adolf como «un niño saludable, vigoroso, que crecía muy deprisa». Tal vez, la apreciación de la madre se veía condicionada por el miedo a perderlo, como había sucedido con sus tres hermanos anteriores. Se ha dicho que, en su empeño de sobreproteger al niño, lo seguiría amamantando durante más tiempo del habitual.

Aunque casi no hay documentos y los recuerdos de familiares y conocidos hay que contemplarlos con prevención, se puede hacer un bosquejo de lo que fue durante aquellos años la vida habitual en el hogar de los Hitler.

La casa debía estar siempre bastante animada; además de Adolf, el matrimonio tuvo en 1894 a Edmund (fallecido en 1900) y en 1896 a Paula. Como se ha indicado, los dos hijos que Alois tuvo con la difunta Fanni también vivían con ellos: Alois hijo, que abandonaría el hogar en 1896, y Angela, seis años mayor que Hitler. Además, una de las hermanas pequeñas de su madre, Johanna, compartía techo con la familia; aunque era de mal carácter, sentía una especial debilidad por Adolf. Por último, vivía con ellos una mujer que hacía de cocinera y doncella, Rosalia Schichtl.

La situación económica de los Hitler correspondía a la de una familia de clase media acomodada. El sueldo de Alois era decoroso, superior al un director de escuela. Además, en 1888 debió recibir de su tío Nepomuk una buena cantidad de dinero poco antes de que este muriese, que le permitió seis meses después de su defunción comprar una casa con un terreno adjunto en Spital; los presuntos herederos recibirían sorprendidos la noticia de que no había nada que heredar. Tres años después, Alois vendió esa casa para comprar otras dos parcelas.

A pesar de mantenerse a salvo de problemas económicos, la vida de familia no era apacible. A Alois no le gustaba hacer vida en casa; prefería mantenerse alejado de un hogar que por fuerza debía ser ruidoso por la presencia de niños pequeños. Después del trabajo acudía a la taberna o iba a la parcela en donde tenía sus abejas, pues era aficionado a la apicultura. Su familia prefería que fuese así, ya que Alois poseía un carácter irascible que podía estallar en cualquier momento. En su casa era un marido autoritario y dominante y se tomaba poco interés por la educación de sus hijos.

En *Mein Kampf*, Adolf describe al padre como un funcionario escrupuloso y un excelente cabeza de familia. Sin embargo, en sus conversaciones con personas de su círculo íntimo, lo señalaba como un borracho empedernido; en muchas ocasiones, él mismo era enviado por su madre a buscarlo por las tabernas para conseguir que regresase a casa. Aunque sus vecinos lo veían a menudo volver a su hogar con paso vacilante, lo tenían en gran estima. Por otro lado, sus aventuras amorosas, a las que había sido antes tan aficionado, parecían haber quedado definitivamente atrás.

Adolf sería el principal objeto de la cólera de su iracundo padre, sobre todo después de que su hermanastro Alois se marchase de casa. Según su hermana pequeña Paula, «era especialmente mi hermano Adolf quien empujaba con su obstinación a mi padre a la severidad extrema y recibía cada día una buena zurra». El propio Hitler explicaría años después que su padre tenía súbitos arrebatos de ira y que entonces le pegaba. Contaba también que su madre vivía constantemente preocupada por las palizas que él tenía que soportar. Años más tarde, explicó a su secretaria que un día, cuando vivían en Leonding, tomó la decisión de no llorar más cuando su padre lo azotaba: «Unos pocos días después tuve la oportunidad de poner a prueba mi

voluntad. Mi madre, asustada, se escondió en frente de la puerta. En cuanto a mí, conté silenciosamente los golpes del palo que azotaba mi trasero». Según Hitler, después de ese día su padre no volvió a azotarlo nunca más.

No se sabe con certeza si Alois se mostraba también violento con Klara, pero un pasaje de *Mein Kampf*, en el que Hitler describe las condiciones de una familia de trabajadores donde los hijos tienen que presenciar cómo su padre borracho da palizas a su madre, apuntaría en este sentido. El testimonio de su medio hermano Alois parece confirmar ese extremo, un hecho que, de ser cierto, debió dejar una impresión indeleble en Adolf.

Sin duda, esa violencia en el ámbito familiar, ya fuera latente o explícita, tuvo que marcar la personalidad futura de Hitler y no para bien. Su posterior incapacidad para construir relaciones de afectividad, así como la sed de dominio y su insensibilidad ante el sufrimiento ajeno, podría tener su origen en el modelo de conducta de su padre.

CAMBIOS DE RESIDENCIA

Aunque Braunau fue la localidad natal del futuro *führer*, nada podría recordar de ella, ya que, cuando él contaba con tres años, su padre fue ascendido al cargo de recaudador superior de aduanas y la familia se trasladó a Passau, río Inn abajo, en el lado alemán de la frontera. Este sería el primero de una serie de sucesivos cambios de residencia que habrían de marcar su infancia, pero su estancia en Passau le dejaría una huella duradera. Vivir en una ciudad alemana y jugar con niños alemanes le proporcionaría una primera experiencia como alemán que luego trataría de revivir estableciéndose en Múnich. Además, allí aprendería el dialecto característico de la Baja Baviera, que sería siempre su lengua.

En abril de 1894, Alois fue destinado a Linz, pero Klara se quedó con los niños en Passau, quizás a causa del recién nacido Edmund. Ese año fue muy feliz para Adolf; aliviado por la ausencia de su padre, pudo dedicar su tiempo a lo que más le gustaba, jugar con otros niños a indios y vaqueros. Además, también debió verse libre de la vigilancia constante de la madre al tener esta que estar pendiente del bebé. No obstante, en ese tiempo, Adolf comenzó a recurrir a rabietas si no conseguía salirse con la suya. La separación familiar duraría un año.

En febrero de 1895, Alois compró una pequeña granja en la aldea de Hafeld, una comunidad rural distante cuarenta kilómetros de Linz. Dos meses después se reunió allí toda la familia. Durante los dos años que vivieron en Hafeld, Adolf acudió junto a su medio hermana Angela a la escuela de Fischlam, situada a una hora de camino, un trayecto considerable para un niño de apenas seis años. El pequeño Adolf estaba bien considerado en la escuela. Su maestro le recordaría años después como un chico «de mente muy despierta, obediente pero vivaz» y que mantenía, al igual que su hermana, «el contenido de su cartera escolar en un orden ejemplar».

Según explicaría en *Mein Kampf*, «fue en esa época cuando los primeros ideales nacieron en mi pecho. Mis juegos al aire libre, las largas caminatas hasta la escuela y sobre todo mi trato con muchachos extremadamente robustos, que a veces angustiaba profundamente a mi madre, me convirtieron en algo totalmente opuesto a una persona casera o cobarde».

Adolf consiguió notas altas en la escuela de Fischlam, a pesar de que la tensión en el hogar era creciente, puesto que Alois se había jubilado y pasaba más tiempo que antes en casa. El nacimiento de su hermana Paula en 1896 agravó el deteriorado clima

familiar; además del matrimonio, la hermana de Klara y la criada, en la casa había cinco niños, entre ellos un adolescente y un bebé. Alois debió sentirse agobiado porque empezó a beber más de lo normal y a mostrarse aún más irritable.

Alois hijo no soportó más la situación y, con catorce años, se marchó de casa; años después se quejaría amargamente de que con frecuencia su padre los golpeaba «sin piedad con una fusta». En una ocasión, después de que su hijo faltase a clase, Alois le apretó contra un árbol cogiéndole por la nuca hasta que perdió el conocimiento. Nadie escapaba a su régimen de terror; según Alois hijo, su padre «a menudo vapuleaba al perro hasta que el animal se encogía temblando y se orinaba en el suelo». La marcha de Alois hijo dejaría a Adolf en primera línea ante los estallidos de ira de su padre. A partir de entonces, él sería el único receptor de sus palizas.

El retrato que haría Alois hijo de su medio hermano en una fecha tan tardía como 1948, en una entrevista, dejaba traslucir todavía resentimiento por el favoritismo de su madrastra por Adolf: «Ella siempre se ponía de su parte. A él se le ocurrían las ideas más descabelladas, pero siempre se salía con la suya. Si no conseguía lo que quería se ponía furioso». Según Alois hijo, Adolf «tenía un carácter imperioso e irritable, no escuchaba a nadie. No tenía amigos, no simpatizaba con nadie y podía ser muy despiadado. Sufría ataques de rabia por trivialidades». No obstante, este duro perfil descrito por Alois hijo hay que tomarlo con reservas; hay que tener presente que sus expectativas personales y las de su hijo William Patrick ante el ascenso al poder de su medio hermano no se vieron cumplidas, lo que hace pensar que esas palabras fueron pronunciadas desde un posible resentimiento. Los otros testimonios de la época apuntan ese carácter irritable del pequeño Adolf, pero

aseguran que no tenía dificultad para hacer amigos, sino al contrario, y no describen ningún episodio del que se deduzca que fuera despiadado. En suma, todo apunta a que, en esa época, la evolución de Adolf correspondía a la de cualquier chiquillo de su edad.

En 1897, Alois vendió la casa de Hafeld y la familia se trasladó al pueblecito de Lambach, alojándose en una fonda, frente al monasterio benedictino que hay en esta localidad. Las notas de Adolf en la escuela de Lambach serían aún mejores que las cosechadas en Fischlam. En un trimestre llegaría a obtener doce sobresalientes. Adolf, que poseía buena voz, acudía también al monasterio a tomar lecciones de canto; fascinado ante el esplendor eclesiástico, llegaría a expresar su deseo de convertirse en sacerdote. Incluso gustaba de jugar a cantar misa, colocándose el delantal de la criada a modo de casulla y pronunciando largos y fervientes sermones. Tal vez esa embriaguez por el «esplendor solemne de las brillantes festividades de la iglesia» le llevaría en el futuro a intentar trasladar esa parafernalia religiosa a las celebraciones del Tercer Reich. Curiosamente, en el camino debía pasar junto a un arco de piedra en el que estaba esculpido el escudo de armas del monasterio, cuyo elemento más destacado era una esvástica, el que años después se convertiría en el símbolo de su movimiento.

Al año siguiente, la familia se trasladó a una casa contigua a un molino. Por entonces, Adolf seguía creciendo como cualquier otro niño. Sus vecinos lo recordarían como «un pilluelo» que solía protagonizar travesuras, apareciendo «allí donde algo sucedía» y regresando a casa con los pantalones desgarrados y magullado por sus aventuras infantiles.

Aunque es de suponer que su padre se esforzaba por inculcarle conceptos como seguridad, permanencia o estabilidad, inherentes al trabajo funcional al que pretendía atraerle, la verdad es que el pequeño Adolf no

disfrutó de ninguno de ellos. Alois Hitler sometía a su familia a continuos cambios, no siempre forzados, por motivos de trabajo. Como vemos, las mudanzas eran algo habitual, de una localidad a otra y, como en el caso de Lambach, dentro de la misma población. A consecuencia de todo ello, a lo largo de diez años Hitler asistió a cinco escuelas diferentes, lo que por fuerza tuvo que influir negativamente en la formación de su personalidad.

SUS MEJORES RECUERDOS

En noviembre de 1898, la familia emprendió una nueva mudanza, en este caso a Leonding, un pueblo de los alrededores de Linz que contaba entonces con unos tres mil habitantes. Allí, Alois había comprado una casa acogedora, a pesar de estar frente al muro del cementerio, con una pequeña parcela de tierra. Aunque la casa no era muy grande, tenía el aliciente de estar cerca de Linz, con sus teatros, la ópera y sus imponentes edificios.

A partir de entonces, la familia se asentó en esta zona. Hitler consideraría siempre a Linz como su auténtica ciudad natal. En ella tendría sus primeras experiencias vitales y allí transcurrirían los años más decisivos para la formación de su carácter, guardando los mejores recuerdos. Tras la anexión de Austria, volvería a menudo a Linz, al contrario de Braunau que, pese a convertirse en la «villa natal del *führer*», tan sólo sería visitada por Hitler en una ocasión. Linz fue siempre el lugar favorito de Hitler y en sus delirios de grandeza concibió gigantescos planes de reconstrucción para después de que hubiese concluido la guerra. Con el fin de alimentar el enorme museo proyectado en la ciudad, reunió un gran número de cuadros, producto de sus saqueos por la Europa ocupada. Incluso a la hora de redactar su testamento se acordó de Linz.

Sus recuerdos de Leonding serían muy agradables, asegurando que era «una época feliz en que el trabajo escolar era ridículamente fácil y dejaba tanto tiempo libre que me veía más el sol que mi habitación». En esa época, Adolf comenzó a leer los libros de aventuras del escritor alemán Karl May; sus relatos ambientados en el Oeste norteamericano cautivarían la imaginación de muchos jóvenes⁴.

Gracias a su interés por la lectura y sus experiencias por haber vivido en tantos sitios diferentes, Adolf sería visto por sus compañeros de la *Volksschule* de Leonding como un hombre de mundo. Hitler se convirtió en el cabecilla de su grupo de amigos, jugando a policías y ladrones o a indios y vaqueros por los bosques y campos que rodeaban Leonding. Organizaba recreaciones de batallas entre bóers e ingleses y, cuando el entusiasmo de sus compañeros decaía, reclutaba muchachos más pequeños o incluso a niñas.

Así, desde entonces Hitler comenzaba a destacar como líder. Sólo hace falta observar la célebre fotografía de su clase de la escuela de Leonding, en la que un Hitler de once años aparece en la fila superior, con los

⁴Pese a tratarse de literatura juvenil, Hitler seguiría leyendo esas historias durante toda su vida, influyendo en la visión que adquiriría, por ejemplo, de la Unión Soviética; para él, el inabarcable territorio ruso era como el Lejano Oeste, dispuesto para ser conquistado por el hombre blanco (el alemán), desalojando de él a los indios (los rusos). Las tretas indias que solían aparecer en esos relatos inspirarían a Hitler una táctica poco ortodoxa para apoderarse de los puentes holandeses, organizando un batallón ataviado con uniformes de la policía holandesa para neutralizar las cargas explosivas. Hitler lamentaba que sus generales fueran incapaces de tener ideas de ese tipo. En una reunión, Hitler se quejó: «Estos generales son demasiado limpios y remilgados. ¡Hubieran debido leer más a Karl May!».

brazos cruzados, mostrándose altivo y desafiante. En esa época, además del carisma del que gozaba entre sus compañeros, que le aceptaban como líder natural, sus calificaciones eran excelentes, por lo que todo apuntaba a que le esperaba un futuro prometedor.



Imagen actual de la casa de Hitler en Leonding. Hoy acoge las oficinas del cementerio próximo.

Pero con su último año escolar en Leonding acabaría la infancia feliz de Adolf. Hasta ese momento, a pesar de la violencia que ejercía su padre sobre él y de los continuos cambios de residencia que le privaban de estabilidad, podemos decir que su infancia había transcurrido por las vías normales de cualquier niño de su edad. Aunque los rasgos anormales que denotaría en su vida adulta parecían estar latentes y asomar de vez en cuando, es probable que nunca se hubieran manifestado. En ese caso, Hitler tal vez se habría convertido en funcionario, se hubiera casado con alguna joven de Linz y su tiempo libre lo hubiera dedicado a pintar.



Hitler, en el centro de la fila superior, presenta una imagen activa y desafiante que parece presagiar su posterior dominio de las masas.

Sin embargo, su paso de la *Volksschule* de Leonding a la *Realschule* de Linz supondría una ruptura total con esa infancia feliz que apuntaba a un futuro estable y tranquilo. En el Hitler adolescente, rebelde y atormentado que estaba a punto de eclosionar, sí que podremos encontrar la semilla de ese dictador despiadado; los felices días de Leonding habían tocado a su fin.